

EDITORIAL

Y a casi a la vista la fecha en que la mayoría de los planteles y organismos integrantes de la Universidad Nacional Autónoma de México han de trasladarse a la Ciudad Universitaria —La espléndida sede que levantó para ella el Presidente Alemán—, es oportuno preocuparse por elaborar las normas adecuadas al funcionamiento de una entidad tan vasta y tan compleja. Siamente erizada de dificultades se presenta esa tarea, para la que se antoja en pocas horas las reservas de precisión, prudencia y serenidad que pudieran aportarse; pero ello se hará, si se suma la buena voluntad de todos los universitarios que han de emprenderla, previa renuncia a cuanto no sea el futuro engrandecimiento y la buena salud administrativa de nuestra ilustre Casa de Estudios.

En las últimas semanas han surgido muchos reformadores en ciernes, que se precipitan a elaborar proyectos de ley en relación con este caso. Es necesario hacerles recordar que un asunto de alcance tan decisivo no va a resolverse de acuerdo con la fórmula de X o de Z, sino que los componentes de la familia universitaria, encabezados por las autoridades respectivas, confrontarán sus dudas y sugerencias en un plebiscito sin coacciones, atentamente a que los promotores símbolos encarnados en la Ciudad Universitaria —el esfuerzo sin precedente del Gobierno y el pueblo de México, el porvenir cultural del país— no sean defraudados por disputas interesadas o revoluciones sin madurez. Va de por medio uno de los máximos patrimonios del espíritu: no hay que olvidarlo.

Quéud un decenenario quisiera precipitadamente y decide ahora propongan una reforma a la Ley Orgánica de la Universidad. Esta Ley, que preserva los dones de la UNAM —la autonomía, la libertad de cátedra— y en los años que se ha mantenido vigente demostró su eficacia, es fundamentalmente buena y, en caso de que la mejor opinión sugiera algunas reformas, deben adoptarse los principios para lograr el ajuste debido entre las funciones docentes, escolares y administrativas.

Posiblemente es en el Estatuto de la Universidad, cuya sola denominación ya revela su índole vinculada a lo estrictamente reglamentario, donde cabe introducir importantes adiciones indispensables al correcto desenvolvimiento y coordinación de las actividades futuras de nuestra institución en su nuevo albergo.

Tenemos la fortuna —y no abundan los organismos que puedan jactarse de ello— de contar dentro de la Casa de Estudios con elementos humanos de primerísima categoría, ponderados, honorables, plenos de capacidad, que indudablemente pondrán lo mejor de sus aptitudes para colaborar en la empresa conjunta de obtener el óptimo desarrollo cultural—actual y venidero— de la Ciudad Universitaria en los años venideros.

DICTA Manuel Cabrera tres conferencias acerca de la "Suspensión de la Metafísica". El título es sugestivo y sorprendente. ¿Qué nos va a proponer el autor? ¿Que suspendamos toda metafísica? Y, ¿qué carácter tendrá esa suspensión? ¿Tendrá un carácter metafísico o logrará no tenerlo? ¿Será metafísica una metafísica a su pesar?

Algún amigo me muestra un tomo de las *Situaciones* de Peguy y me señala algo párrafo que dice: "Las regaciones metafísicas—en el sentido metafísico— son el mismo título que las afirmaciones metafísicas."

Yo le hago ver que Peguy se refiere expresamente a las regaciones metafísicas y que quizá hay regaciones que no son metafísicas. Pero mi amigo es implacable y me saca otro texto de su autor preferido: "Declamamos vaineamente que la inmortalidad del alma era metafísica. Después me di cuenta de que la mortalidad del alma también es metafísica."

De acuerdo con esto parece imposible salir de la metafísica. Kant, por ejemplo, tan orgulloso, sería en el fondo un metafísico. Mi amigo insiste en silencio. Después, como recordando algo, va a su librero y saca los *Cuadernos* de su autor preferido. Un minuto y le en voz alta: "Todo el mundo tiene su metafísica. Los buenos tienen una metafísica buena. Los malos tienen una mala. Los miserables tienen una miserable... Los políticos tienen una política. Los parlamentarios una parlamentaria. Los imbéciles una imbécil..." acaba leyendo la fecha 3 de febrero de 1907.

No me gusta discutir con mi amigo. No me gusta solo tocarle a Peguy. El lo conoce demasiado y lo quiere mucho. Pero como quedo pensando en la conferencia de Manuel Cabrera: suspensión de la metafísica... ¿Logrará realmente, así sea por un momento, suspender la metafísica?

Conozco a Manuel Cabrera desde hace tiempo, y sé que tiene las ideas necesarias para dar unas buenas conferencias sobre la suspensión de la metafísica. Esas virtudes son su inteligencia original y su preparación. Pero también esas. Aparte de esas virtudes, tiene otra, la de saber callar. Cabrera es un hombre que ha callado.

¿Y qué importancia puede tener eso de callar, de ser un hombre que calla? Puede tener la misma importancia de la duda y de la ausencia. Una importancia provisional, una importancia transitoria, en cuanto la duda sea un camino de afirmación y la ausencia una manera de llegar a haberla presente.

¿Pero pueden el callar y la duda y la ausencia tener la misma importancia ayer que hoy? ¿A la historia de los callares, de los dudares y de los ausentes, se le puede atribuir la afirmación y la presencia. ¿Ha llegado a esta última etapa del viaje metafísico Manuel Cabrera? ¿Va a hablar para invitarnos a

MANUEL CABRERA

La Metafísica del Silencio

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

seguir callando, a seguir dudando, a seguir existiendo ausente? ¿Nos va a invitar a que respondamos la metafísica para que nos quedemos con nuestras pobres manos vacías? ¿Con una metafísica de las manos vacías—como dijo Peguy. El título de las conferencias de Manuel Cabrera es inquietante. No sólo me inquieta a mí, sino a muchos de mis amigos, de mis conocidos. Todos nos preguntamos: ¿Qué va a decir Manuel Cabrera?

En el antiguo Colegio de Mazacuarres, hoy Facultad de Filosofía y Letras, ha dictado Manuel Cabrera su primera conferencia. Allí, mismo dictará las dos restantes. No me ha sido posible hacer un compendio preciso de ella, y estoy seguro que no lo haré de las demás.

PASAN los caballos entre la niebla,
invisible, lentamente sonoros,
con un movimiento de blanca sombra
desordenada.

En épocas húmedas, con dulzura,
se desbaca cada silbata vaga.

Traen una ventana la niebla enciendo
crístales. Mira.

—Hay un pueblo bajito pululando
debajo del suelo que la sustenta,

Pero si recuerdo con precisión la figura del problema esencial, y de los problemas que de él surgen.

En su primera conferencia, Manuel Cabrera se ha referido a la tentativa husserliana de explicar la crisis del pensamiento europeo por la conciencia, y de comprender la historia por la conciencia. Ha demostrado que mientras una tentativa semejante resulta imposible, la inversa, es viable, que la conciencia se explica por la crisis y por la historia.

Refiriéndose a la evolución del pensamiento filosófico, ha probado Cabrera que, contra lo afirmado por Husserl, el trascendentalismo no es una constante del pensamiento moderno, sino sólo una constante del pensamiento moderno. —No es más que un *apriori* histórico—dijo— el hecho de atribuir una supremacía metafísica a la subjetividad, y ese *apriori* histórico tiene como fuente el pensamiento cartesiano. No se encuentra ni en la Edad Media ni en Grecia.

Ha concluido por lo tanto que el volver a Descartes—como lo pretende Husserl— para resolver la crisis del pensamiento europeo, no es un volver a los auténticos orígenes de la filosofía, sino sólo un volver a los orígenes del pensamiento moderno, y que ese retorno no permite salir de la crisis, puesto que es el pensamiento moderno el que está en crisis, como lo reconoce Husserl al plantearse el problema, y al afirmar que la crisis aparece cuando las formas—constantes del pensamiento— se convierten en problema, en "conociones muertas, en cadáveres de significación". Así, volver a Descartes para resolver el problema, es quedarse en las formas muertas, es no ir a los orígenes y es, por lo tanto, traicionar el propósito husserliano de eliminar la crisis: "No se trata—ha dicho Cabrera— de dar una vida nueva a esas categorías, sino de abandonarlas como tales. La solución de la crisis no consiste en un retorno al radicalismo cartesiano, sino en el hecho de comprender que ese radicalismo es un *apriori* histórico." Con esta afirmación Cabrera no sólo ha refutado la intención particular de Husserl de explicar la crisis por la conciencia, sino en general su intención de hacer una construcción del universo absolutamente libre de supuestos, y ya que ha supuesto histórico en la conciencia y en su deseo de hacer, a partir de la conciencia, una construcción sin supuestos.

La fenomenología trascendental—ha añadido Cabrera— más que ser una explicación de la crisis, debe ser considerada como la expresión filosófica de la crisis. Es la fenomenología la que se encarga por la crisis. En el idealismo fenomenológico se refleja el fin de una época histórica cuyo primer representante filosófico fue Descartes. El filósofo francés expresa en su metafísica el comienzo de una nueva época. Husserl regresa a Descartes y en este regreso se encuentran unidades ascensionales y la decadencia del espíritu moderno.

Y Cabrera ha terminado su primera conferencia haciendo algunas consideraciones sociológicas en las que ha afirmado que en la fenomenología husserliana se resume "la falla radical del individualismo, forma social y política de la epología", es decir, de toda filosofía que trata de fundamentar y de construir el mundo a través del *Ego*, del sujeto. En el pensamiento moderno, como ha mostrado, de una manera todavía más precisa, cuál es la historia de esa conciencia que se ha atribuido, desde Descartes, un carácter absoluto y la posibilidad de construir el mundo. Ha explicado históricamente la evolución del pensamiento epológico y ha hecho ver cómo, mientras la epología de Leibniz era optimista, la epología de Husserl—en su momento—, mientras para Leibniz las mónadas y la armonía preestablecida son inseparables de un optimismo metafísico, para Husserl el aceptar fracasar en un tentativo metafísico es a un presupuesto metafísico y, por lo tanto, a una armonía preestablecida equivalente a aceptar fracasar en un tentativo metafísico. La armonía preestablecida a quedarse en el solipsismo, es en el aislamiento del mundo, en la imposibilidad de explicar el mundo y a los hombres, de dárles una solución para sus problemas.

Pero Cabrera no se ha detenido allí en su análisis histórico, de la evolución de la epología. Lo que ha hecho es un análisis optimista y del pesimismo, del sentido trágico de la obra de Husserl, que refleja un individualismo en crisis y los grandes conflictos del mundo moderno. Ha hecho ver cómo la crisis abarcaba todo el pensamiento epológico así como en el momento ascendente del individualismo las reflexiones epológicas han llevado a densar el poder del pensar, mientras que a desbaratar su decisión, llevar a descubrir del pensar la nada. Así, en tanto que Descartes decía: *Pienso, luego soy*, Kierkegaard afirmaba siglos después: *Pienso, luego no soy*, sino *no soy*. Y así, en tanto que la tragedia de la imposibilidad de construir el mundo a través del *Ego*, o de su equivalente social, el individuo.

Acabada así una y otra vez por Cabrera la histórica social de la epología, el pretender como Husserl a un conocimiento apolítico, a partir de una conciencia, que se supone sin supuestos y sin supuestos, es una ingenuidad. —Si se sigue creyendo en los motivos metafísicos del hombre moderno—ha dicho Cabrera— se arriesga uno, sin duda, a perder todo auténtico, puesto que esos motivos han muerto, ya no son nuestros motivos... Lo que nos define es la destrucción del mundo moderno y lo necesitamos comprender sobre todo es la ausencia de eternidad de este mundo que vivimos.

Para comprender esa ausencia de eternidad del mundo moderno, para comprender el mundo, habrá que suspender los motivos metafísicos de ese mundo. Habrá que suspender la metafísica epológica, al dudar maligno, embudo, a aquél de que habla Descartes y que creía era impotente para enganarlo en su *Pienso, luego soy*. Habrá que acabar con el dudar epológico, que en un flash de burla imprevisto ha engañado, en su base misma, en sus pretensiones más caras, al pensamiento moderno, al hombre que creyó en el *Ego* absoluto. Habrá que suspender la metafísica del dudar, con la metafísica... ¿pero qué nos va a quedar?

En la tercera conferencia Cabrera debía hablar de la suspensión de la metafísica. Pero la suspensión de esa fantasma que es el *Ego* en el pensamiento contemporáneo. Hablaría de la enajenación reconocida por tantos autores—Heidegger, Marx, Kierkegaard—en que se encuentra el hombre y diría que el hombre debe liberarse de esa enajenación que hoy se manifiesta en el pensamiento epológico. Propondría una duda verdaderamente radical, no una duda metafísica, sino una duda que acabara con el principio de la enajenación, una duda que nos dejara sin el supuesto del *Ego*, y sin ningún otro supuesto metafísico. De tal modo la filosofía no sería un supuesto sino un problema.

Y nos quedaría... Cabrera iba a cambiar el estilo, a hacer una bella descripción de la ausencia de la metafísica, a hablar de la metafísica, a hablar de la metafísica, a hablar de la metafísica... "la luna se oculta, la noche se cierra y el silencio se vuelve rumor del universo. Hay un silencio que no es una pura nada, sino una ausencia, una incipiente valedad." Y concluiría diciendo: "Suspendida la metafísica lo único que nos queda es esa suspensión misma que es su silencio. Es el silencio mismo que es el silencio. El problema consistirá entonces—añadiría— en interrogar al silencio, en hacer del silencio rumoroso una cuestión filosófica. Sólo así se descubre el enigma del universo, sólo así es posible que la filosofía reanude su marcha sin fin."

Y dice Cabrera, cada vez con más pausas, y luego dice: —Hay que callarse para... Y se calla.

Vuelvo a mi problema original, a un problema ya enriquecido: ¿Tiene carácter metafísico la suspensión de la metafísica que nos ha propuesto Manuel Cabrera? Es un problema.

La idea de la suspensión de la metafísica o de una filosofía sin supuestos se asemeja. Una y otra parecen estar relacionadas con la teoría de la creación del mundo de Ser. Una y otra parecen estar relacionadas con ideas muy viejas, con lo que podríamos llamar la tríloga metafísica. Esa tríloga cuenta en un uso de sus antiguos con *Dios*, en el otro con el *Hombre*, y en el tercero, como Dios, Hombre y Mundo, como conceptos metafísicos. Esa tríloga es maravillosa. Desde